

para gobernar en su nombre ó más bien de los intereses del cielo, convirtiéndose desde luego en simples políticos, viviendo de expedientes en medio de la batalla de los apetitos humanos y siguiendo, con el paso discreto de los diplomáticos, el camino de la victoria terrestre y definitiva de Cristo, que debía triunfar y reinar sobre los pueblos, representándole el papa.

¡Y qué estupor para un prelado francés, para un monseñor Bergerot, para ese santo prelado que renunciaba á todo y vivía haciendo caridad, cuando caía en medio de esa sociedad del Vaticano! ¡Qué dificultad de comprender desde luego y la de ponerse al diapason y qué dolor en seguida al no poder estar de acuerdo con aquellos sin patria, con aquellos internacionales, siempre inclinados sobre el mapa de los dos mundos y haciendo siempre combinaciones que debían asegurarles el imperio.

Se necesitaban días y más días, era necesario vivir en Roma y él mismo no había comprendido de repente las cosas hasta después de llevar un mes en ella y al experimentar la violenta crisis producida por las regias pompas de San Pedro, ante la antigua ciudad que dormía al sol su pesado sueño y soñaba con su ensueño de eternidad.

Bajó sus miradas á la plaza y, abajo, delante de la basílica vió la oleada de gente, los cuarenta mil fieles que salían semeándose á una irrupción de insectos, un hormigueo negro encima de las blancas losas. Figúrese entonces que empezaba de nuevo el grito: «¡Evvíva il papa re! ¡Evvíva il papa re! ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey!»

Hacía un momento, y mientras subía las escaleras sin fin, habíasele imaginado que el coloso de piedra se estremece á consecuencia de aquel grito lanzado bajo sus bóvedas. Y entonces, cuando había ascendido hasta las nubes, creía volver oírlo allí arriba á través del espacio. Si el coloso vibraba aún á sus pies ¿no era eso como una última subida de savia á lo largo de aquellos vetustos muros, una renovación de la sangre católica que lo había querido tan desmesurado semejante al rey de los templos y que hoy intentaba devolverle un soplo poderoso de vida á la hora en que la muerte comenzaba para sus naves vastas y desiertas?

La multitud seguía saliendo; la plaza estaba llena y una tristeza inmensa le oprimió el corazón, porque esa multitud, con sus gritos, acababa de barrer sus postreras esperanzas.

Aun durante la víspera, después de la recepción de los peregrinos en la sala de las Beatificaciones, pudo ilusionarse, olvidando la necesidad de dinero que sujeta al papa á la tierra para no ver más que á aquel anciano débil, todo el alma, resplandeciente como el símbolo de la autoridad moral. Pero á la sazón había concluido se fe en aquel pastor del Evangelio, desprendido de los bienes terrestres, rey del solo reino de los cielos.

El dinero de San Pedro no sólo imponía una dura esclavitud á León XIII, sino que era además el prisionero de la tradición, el eterno rey de Roma, sujeto á ese suelo, no pudiendo abandonar la ciudad ni renunciar al poder temporal.

Al final era fatalmente la muerte en el mismo sitio, la bóveda de San Pedro derrumbándose como se había derrumbado la cúpula del templo de Júpiter Capitolino, el catolicismo sembrando el campo con sus ruinas, mientras que el cisma estallaba fuera y se presentaba una nueva fe para los pueblos nuevos.

Tuvo esa grandiosa y trágica visión; vió su sueño desvanecido, su libro arrastrado por el grito que se extendía, se alargaba, como si hubiese volado á los cuatro puntos cardinales del mundo católico:

«¡Evvíva il papa re! ¡Evvíva il papa re! ¡Viva el papa rey! ¡Viva el papa rey! Y bajo sus pies le pareció que vacilaba, que temblaba, que oscilaba el gigante de mármol y de oro con el temblor de las antiguas podridas sociedades.

Bajaba Pedro, cuando experimentó otra vez la emoción de encontrar á monseñor Nani, bajo los techos de las naves, en aquella inmensa extensión soleada y lo suficientemente grande para poderse instalar en ella un pueblo.

El prelado acompañaba á las dos señoras francesas, á la madre y á la hija, tan dichosas y contentas, y á las que sin duda había ofrecido, con su acostumbrada amabilidad, acompañarlas hasta la cúpula. En cuanto le reconoció, abordó el prelado.

—¡Y bien! ¿Estáis contento, querido hijo? ¿Os habéis enterado?

Con miradas inquisitivas procuró penetrar hasta el fondo de su alma y averiguar hasta donde había llegado el experimento. Satisfecho luego con el examen, rióse con mucha dulzura.

—Sí, sí, ya lo estoy viendo... Vamos, de todos modos sois un muchacho razonable y empiezo á creer que vuestro malhadado asunto concluirá muy bien.

VIII

Las mañanas en que Pedro no salía y se quedaba en el palacio Boccanera, había tomado la costumbre de pasar horas enteras en el estrecho y abandonado jardín que en otra época terminaba con una especie de logia porticada, desde la que se podía bajar al Tíber por una doble escalera.

Entonces aquel jardín había quedado reducido á ser un delicioso rincón solitario, perfumado por las naranjas en su madurez y en el que centenares de naranjos eran los únicos que, con sus líneas simétricas, indicaban el dibujo primitivo de los paseos.

Allí encontraba también el olor penetrante de los bojes amargos, de los grandes bojes que habían crecido en la antigua pila del centro que el tiempo y el abandono dejaron llenar de tierra.

Durante esas mañanas de Octubre, tan luminosas y de un encanto tan tierno y penetrante se gozaba una dicha muy grande al vivir; pero Pedro llevaba ahí sus ensueños del Norte, el recuerdo de los sufrimientos, su alma de continua fraternidad condolidada que hacía hallarse más suave la caricia del claro sol en aquel aire de voluptuoso amor. Ibase siempre á sentar apoyado en la pared de la derecha y sobre un pedazo de columna truncada y derribada, á la